

general no merece verdaderamente ser esceptuado, sino el discurso acerca de la política internacional de España, que pronunció poco después de abiertas las Cortes de 1847, para las cuales, en virtud del nuevo sistema electoral creado el año anterior, había sido diputado por su distrito natural de Don Benito. Levantándose, en aquella peroración, sobre todas las cuestiones de política transitoria, que no sin calor habían ya iniciado las distintas fracciones de la Cámara, hizo resonar en medio de aquellas luchas tan estériles como peligrosas la voz del patriotismo, llamando la atención de la asamblea hacia los intereses permanentes y fecundos de nuestra España; determinando el carácter y los límites de las alianzas que nos convienen; señalando los actos y las tendencias de nuestra antigua Diplomacia, de nuestra política tradicional; considerando, en consecuencia, como objeto y término propios de nuestra ambición y de nuestros proyectos al Portugal y las costas africanas: verdadero recuento de nuestras glorias, verdadero resumen de nuestros intereses, verdadero despertador de nuestras legítimas esperanzas, que debieran pasarse de mano en mano, como un sagrado depósito y como regla fundamental de conducta, nuestros hombres de Estado. El Congreso le oyó con vivísimo anhelo, y le aplaudió con desusado entusiasmo: lloró con él sobre la tumba de la infortunada Polonia; siguió con él la marcha triunfante de nuestros antiguos guerreros; y con él saludó la aurora venidera del día en que, movidos y guiados por una política propia, generosa y grande, acudamos adonde nos llaman el honor de nuestro nombre, el interés de nuestro porvenir y la voz de nuestros padres.

Aparte de este discurso, repetimos, ninguna otra producción digna de mencionarse especialmente encontramos desde 1845. Y sin embargo, la laguna que en esta parte nos ofrece la vida de Donoso, contribuye en gran manera para explicarnos la profunda revolución que vamos á ver obrada en su espíritu desde el período á que hemos llegado.

V.

Su inteligencia había recorrido todas las fases, en que sucesivamente podían y debían colocarla la voracidad de su imaginación, el ardor de su carácter, la experiencia del mundo: en filosofía, desde el dogmatismo racionalista, pasando por el criticismo ecléctico, hasta el casi anulamiento de la razón: en política, desde la juvenil exaltación de un liberalismo ambicioso, pasando por el doctrinarismo parlamentario, hasta la condenación del parlamentarismo y de los doctrinarios. Había visto en su infancia la desatentada crueldad de las reacciones políticas: había visto en su

juventud la bárbara impetuosidad de las revoluciones: había pertenecido en su edad viril á la escuela, que busca la fusión de la libertad y el orden en transacciones absurdas é imposibles: había tocado de cerca la lava ardiente de las pasiones, y sufrido el choque de las luchas políticas: había probado las amarguras de la proscripción, y las dulzuras de la victoria: había experimentado que las grangerías del favor cortesano y las honras de este mundo no dan felicidad, ni aun reposo á las almas bien templadas: había recorrido las páginas de la historia para buscar en ellas no lo nuevo, sino lo verdadero: se sentía carecer de una fuerza que domase sus apetitos violentos, y de un auxilio que restaurase la flaqueza de su corazón: hallábase, en fin, al rayar en su edad madura, con mucha ciencia vana; con mucho desengaño cierto; sin fé viva; con esperanza débil; con estéril ternura; con infecundas lágrimas. Era llegado el momento; y como si Dios hubiese querido disponerle convenientemente para la prueba, permitiéndole pasar cuatro años de una vida activa para su cuerpo, de reposo para su espíritu, impuso silencio á su palabra; y empezó á sembrar en su pecho los dolores. Las causas estaban ya perfectas: no faltaba más que la ocasión: y la divina misericordia no se la hizo esperar mucho tiempo.

Dejémosle hablar á él mismo.—«Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma; pero mi fé era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones. Creo, sin embargo, que, si en el tiempo de mi mayor abandono y de mi mayor olvido de Dios, me hubieran dicho:—«vas á hacer abjuración del catolicismo ó á padecer grandes tormentos.»—«me hubiera resignado á los tormentos por no hacer abjuración del catolicismo. Entre esta disposición de ánimo y mi conducta había, sin duda ninguna, una contradicción monstruosa. ¿Pero qué otra cosa somos casi siempre sino un monstruoso conjunto de monstruosas contradicciones?»

«Dos cosas me han salvado: el sentimiento esquisito que siempre tuve de la belleza moral, y una ternura de corazón que llega á ser una flaqueza: el primero debía hacerme admirar el catolicismo, y la segunda me debía hacer amarle con el tiempo.»

«Cuando estuve en París, traté íntimamente á M... y aquel hombre me sojuzgó con solo el espectáculo de su vida, que tenía á todas horas delante de mis ojos. Yo había conocido hombres honrados y buenos; ó por mejor decir, yo no había conocido nunca sino hombres buenos y honrados: y sin embargo, entre la honradez y la bondad de los unos y la honradez y la bondad del otro, hallaba yo una distancia inconmensurable: y la diferencia no estaba en los diferentes grados de la honradez; estaba en que eran dos clases de honradez de todo punto diferentes. Pensando en este negocio, vine á averiguar que la diferencia consistía en que la una hon-

»radez era natural, y la otra sobrenatural ó cristiana. M... me hizo conocer á V. y á algunas otras personas unidas por los vínculos de las mismas creencias : mi convicción echó entonces raíces mas hondas en mi alma, y llegó á ser invencible por lo profunda.»

«Dios me tenia reservado para despues otro instrumento de conversion mas eficaz y poderoso. Tuve un hermano, á quien vi vivir y morir, y que vivió una vida de ángel, y murió como los ángeles moririan, si murieran. Desde entonces juré amar y adorar, y amo y adoro... iba á decir lo que no puedo decir; iba á decir, con una ternura infinita al Dios de mi hermano... Vea Vd. aqui, amigo mio, la historia intima y secreta de mi conversion... Como Vd. vé, aqui no ha tenido influencia ninguna ni el talento ni la razon : con mi talento flaco y con mi razon enferma, antes que la verdadera fè; me hubiera llegado la muerte. El misterio de mi conversion (porque toda conversion es un misterio) es un misterio de ternura. No le amaba, y Dios ha querido que le ame, y le amo: y porque le amo, estoy convertido.»

En esta disposicion de ánimo escribió ya sus artículos acerca de Pio IX, publicados en EL FARO en setiembre de 1847, y antes del folleto escrito sobre el mismo asunto por Balmes. Permitase aqui consignar un paralelo que sugiere el recuerdo de este gran filósofo. Doxoso ha dicho con razon, en la carta de donde están sacados los párrafos anteriores, que Balmes y él, escribiendo acerca de aquel mismo tema y asunto, habian dicho las mismas cosas, formulado el mismo juicio, articulado las mismas opiniones : y ciertamente, basta echar una ojeada sobre los dos escritos, para ver que en efecto los inspiró un mismo pensamiento y un idéntico fin. Sin embargo, el escrito de Doxoso es considerado generalmente como línea divisoria de las dos épocas de su vida intelectual, como la primera prenda y muestra pública de su conversion; mientras que el de Balmes, reconocido constantemente como escritor católico, fué agria y cruelmente censurado por sus antiguos amigos y admiradores. ¿Cómo lo que en Doxoso se juzgó prenda y muestra de catolicismo, pudo ser censurado en Balmes como contrario á sus antiguas doctrinas y creencias católicas? ¿Porqué la obra del primero se aplaude como una iniciacion dichosa en la misma escuela que lamenta, como una desercion, la obra del segundo?

Los hombres de bien deben protestar aqui, con toda la energía que inspire la rectitud de un cristiano, contra la injusticia de que Balmes fué victima, y que sin duda contribuyó no poco á acortar el plazo de su preciosa existencia : ¡bárbara y ciega saña de los partidos políticos, prontos siempre á turbar ó á castigar la noble independencia del filósofo, que superior á las preocupaciones, y desdenando los intereses pasajeros y mezquinos, sabe decir lo verdadero y lo conveniente á la eterna causa de la justicia! Y aqui entra principalmente el paralelo que hemos indicado.

¿Porqué Balmes fué mártir de sus opiniones respecto á Pio IX? ¿Porqué Doxoso, tan unánime y lisonjeramente saludado cuando inauguró la última y definitiva fase de su vida intelectual, tuvo, en el término de sus dias, que sufrir tan hondas amarguras? Balmes parecia bueno para defender la causa transitoria, las conveniencias personales de una fraccion política; y porque, atendiendo al santo y eterno interés de la Iglesia de Jesucristo, formuló opiniones que la recelosa intolerancia de partido juzgó contrarias á aquella causa y á aquellas conveniencias, fué dura y amargamente censurado. Doxoso fué bueno para combatir en la tribuna y en la prensa á la demagogia que, bajo distintas formas, amenazaba hundir en el comun naufragio las doctrinas y los intereses de la fraccion política en que estaba clasificado : y porque, al buscar sinceramente la raiz del mal que habia combatido, halló en la razon y en la historia doctrinas que socavaban el árbol genealógico de aquella fraccion, fué acusado de apóstata por los unos, y desdeñado por los otros como un pobre fanático, tomado de la mania del misticismo. ¿No es esto verdad? Los partidos políticos, que no tienen memoria ni entrañas, no agradecerán ciertamente, ni perdonarán acaso que esta verdad se diga; pero debe consignarse en la historia, para que salga de allí resplandeciente en el dia de la justicia.

Por lo demas, oportuno parece mencionar aqui una carta escrita por Doxoso en Julio de 1850, donde, al mismo tiempo que se justifican las opiniones emitidas por Balmes en su folleto acerca de Pio IX, se explica satisfactoriamente la contradiccion que aparece entre el escrito de Doxoso sobre el mismo asunto, y su célebre discurso parlamentario del 4 de Enero de 1849 sobre los acontecimientos, que acababan de trastornar la capital del mundo Católico, poniendo en fuga al Padre Santo. — El sistema general de política adoptado por Pio IX (se lee en aquella carta, escrita en frances) al comenzar su pontificado; ¿es bueno, ó es malo?... Yo he dado á esta pregunta dos repuestas en realidad idénticas, en apariencia contradictorias. En una ocasion he dicho *si* : en otra he dicho *no*. Voy á explicarme. El mundo creia que la Iglesia no era tan Católica como su nombre : el mundo creia que la Iglesia era una Reina servida por esclavos, y que solo sus esclavos se la podian acercar libremente. Era necesario desengañar al mundo, y Pio IX ha sido el hombre de quien Dios ha querido servirse para desengañar al mundo por lo que respecta á su Iglesia : asi debe interpretarse, en mi juicio, la conducta de este gran Pontífice. Asi como en otro tiempo su divino maestro llamó á sí á los judios y á los gentiles, el gran Pontífice ha venido para llamar á sí á los monárquicos y á los liberales. Ha sido crucificado por los liberales, como su maestro lo fué por los judios; ¡ay de los judios! ¡ay de los liberales!... En uno y en otro caso ha habido un llamamiento seguido de una catástrofe : y en uno y en otro caso, apesar de la catástrofe, hay que tener

el llamamiento por bien hecho. Este es mi *si* : he aquí ahora mi *no*. Me parece bien que los liberales hayan sido llamados ; pero á condicion de que , lo mismo que los judíos , no sean llamados mas que una sola vez por todas hasta el fin de los tiempos : me parece que nuestro gran Pontífice será de la misma opinion. Creo estar en el buen camino aprobando lo que se ha hecho ; pero no , sin embargo , creyendo que deba renovarse la experiencia. Justo , prudente y hasta necesario era que la Iglesia abriese sus brazos á todo el mundo ; pero justo , prudente y necesario es tambien que la Iglesia , sin cerrar sus brazos , vuelva los ojos hácia los que han encanecido , respetándola y amándola. Nuestro Señor llamó á todo el mundo , bendijo á todo el mundo , perdonó á todo el mundo , y pidió por sus enemigos : pero cuando , pasada la catástrofe , salió de su sepulcro , no fueron ciertamente sus enemigos con quienes envió á reunirse á Maria Magdalena , sino con sus apóstoles y sus hermanos.»

Sin temeridad puede asegurarse que si Balmes hubiera vivido , habria dicho este mismo *no* , despues de aquel *si* , que tan á mal le llevaron sus injustos censores.

El escrito acerca de Pio IX es el último de los comprendidos en la COLECCION ESCOGIDA de los suyos que publicó Donoso en dos volúmenes , pocos dias antes de que estallase la revolucion francesa de 1848. En cabeza de aquella edicion , se halla la siguiente ADVERTENCIA :

«El autor de los escritos que componen esta coleccion , no la publica porque ponga en ella su vanidad , ni porque la estime en mucho : la publica solamente para dar esta muestra de deferencia á sus amigos , que deseaban hace tiempo ver reunidos los escritos que sobre materias graves ha improvisado en ocasiones críticas ó solemnes. RESUELTO POR OTRA PARTE Á SEGUIR DE HOY MAS NUEVOS DERROTEROS Y RUMBOS EN LAS CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS , HA CREIDÓ QUE ESTA COLECCION PODÍA SERVIR PARA SEÑALAR Á UN TIEMPO MISMO EL TÉRMINO DE UNA ÉPOCA IMPORTANTÍSIMA DE SU VIDA , Y EL PRINCIPIO DE OTRA QUE NO HA DE SER MENOS IMPORTANTE. Al formar esta coleccion , le vino al pensamiento la idea de hacer algunas variaciones y reformas en los escritos de que se compone : pero no tardó en variar de propósito , al considerar , que son escasos los escritos merecedores de una revision esmerada , y que entre los que ha dado á luz , no hay ninguno que sea digno de tan alto merecimiento.»

DE HOY MAS , dice Donoso , voy á SEGUIR NUEVOS DERROTEROS Y RUMBOS EN LAS CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS..... Ese *de hoy mas* era la vispera de la revolucion de febrero ; es decir , de una catástrofe , que vino á señalar nuevos derroteros y rumbos á las sociedades y á los gobiernos. ¡ Singular , y cuando menos curiosa coincidencia ; en los momentos inmediatamente anteriores á un suceso que viene á dejar transidos de pavor á los gobiernos y estremecidas á las sociedades : singular coincidencia , decimos , esta voz

que sale de en medio del desierto , ofreciendo un apóstol á la verdad , y un vengador á la justicia ultrajada ; singular coincidencia la de este presentimiento que hace á un hombre romper pública y solemnemente con todo lo pasado , y le impulsa á templar las armas con que ha de contrastar las osadas invasiones del porvenir que avanza proceloso!

Y aquí es ocasion oportuna de refutar , por tercera y última vez , á los que explican la sucesion de las doctrinas y opiniones de nuestro filósofo por el influjo que ejercian sobre su ánimo , exaltando su imaginacion , los sucesos exteriores. La coleccion escogida de sus escritos se publicó antes de la revolucion de febrero : la ADVERTENCIA que la precede , así como las causas inmediatas que le decidieron á seguir nuevos derroteros y rumbos ; ó para hablar mas claro , los hechos que directamente provocaron la que él llama su *conversion* , son anteriores á la revolucion de febrero : luego la revolucion de febrero no es la única , ni la principal siquiera de las esplicaciones naturales del ardor con que se arrojó en los estudios teológicos , embebiendo su alma en los arrobamientos del misticismo. Lo que hizo esa revolucion , fué confirmar sus creencias , exaltar su amor á la sagrada doctrina que se habia apoderado de su espíritu , y dotarle de sin igual pujanza para combatir las que con harta razon juzgaba consecuencias desastrosas de las doctrinas opuestas. ¿ No habia de amar una verdad , cuya prueba tocaba con la mano ? ¿ No habia de tener como inspiradas por la Sabiduria eterna sus predicciones , cuando con sus ojos veia todo cuanto habia previsto con la intuicion de su fé católica ? Y no era aquel el momento de penetrar en el abismo de los males con la antorcha del bien eterno , para ver quien era , dónde residia y con qué medios obraba el genio dominador de aquel abismo ? Si , que lo era : y para los que no quieren ser ciegos ni sordos , aquel hombre que les mostraba el medio de cegar los abismos del mal nuevo , no era en verdad distinto del que ya antes les habia enseñado cómo se combatian otros males. No era distinto el doctrinario de recto corazon y de voluntad sana , que combatia en 1836 á la demagogia trastornadora del orden político , no era , no , distinto del católico que en 1849 combatia á aquella misma demagogia , convertida ya en falanje satánica , trastornadora del orden social , y enemiga del orden humano. Los que si , eran ilógicos por timidez , é impenitentes por orgullo , eran los que condenando unas consecuencias , guardaban como sagrados los principios de que partian ; los que juzgaban extinguida la fragua de los rayos , porque callaba un momento el rugido de la tempestad ; los que inermes para resistir al mal , temian defender el bien que se les mostraba..... Prosigamos nuestra reseña.

Publicada la coleccion escogida de los escritos , que comprendia cuanto su autor creyó conveniente presentar como justificacion de los triunfos ganados por su talento en la liza científica y literaria , obtuvo dos honras

correspondientes á cada uno de estos lauros, siendo electo presidente del Ateneo y de su seccion de ciencias morales y politicas; mientras que la Academia de la lengua le abria sus puertas, nunca en verdad negadas á ningun género de talentos. Y así debia ser, para que aquella corporacion no recelára de llamar á su seno á un escritor, que ciertamente no se habia distinguido por lo castizo del lenguaje, ni habitualmente se ejercitaba en el órden de estudios propios de aquel instituto. La Academia, pues, no se dió por engañada, cuando al admitirle, le oyó pronunciar un discurso acerca de la Biblia, mas teológico que literario, si bien su autor, para cumplir algo de lo que la ocasion pedia, no dejó de amontonar en él galas propias de su estilo, y aun de cuidar algo mas de lo habitual en sus escritos, de la pureza del lenguaje. Pero apréciase como se quiera el mérito literario de aquella peroracion, será siempre un notable documento en que estudiar el progreso que en la mente de su autor iban logrando sus nuevos estudios, y el que en su corazon iba haciendo el reanimado amor al Dios de sus padres, y á la fé de su infancia. Como presidente de la seccion de ciencias del Ateneo, tambien llevó allí el ardor que ya únicamente le inspiraba; y en las varias conferencias que propuso y dirigió entonces, fué por decirlo así, publicando el prospecto de todas las doctrinas y opiniones que profesó hasta su muerte.

Empezaba, en este tiempo, el último y mas prodigioso esfuerzo de su maravillosa actividad intelectual: rehacia completamente sus estudios histórico-filosóficos: formaba voluminosos extractos de lo que leia: escribia artículos en los periódicos: redactaba notables informes como consejero real: tomaba activa parte en la gestion de los negocios públicos: peroraba en el Parlamento: proseguia las pretensiones de su numerosa clientela: conversaba con sus amigos; y en medio de esta agitacion, que hubiera bastado para agotar tres vidas, todavia le quedaba tiempo sobrado para ejercer su piedad sincera, y su caridad ardiente. Por entonces fué tambien cuando, nuevamente honrado con la especial confianza de S. M. para dirigirla en calidad de maestro, se puso á escribir para su augusta discípula unos ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA, que son entre todos sus escritos inéditos, uno de los mas dignos de especialísima atencion, no tanto por su mérito intrínseco, que no es escaso, como por ser la primicia de sus estudios teológicos, y la única produccion en que directamente se haya propuesto escribir filosofia de la Historia, sin embargo de ser este el objeto comun de todas sus producciones en todos tiempos. Pero poseido, como estaba, cuando empezó esta obra, del órden de ideas que ha cultivado hasta su muerte, sucedióle que, proponiéndose escribir de Historia, se sorprendió quizás á sí propio escribiendo de teología. En las nociones preliminares traza un plan de Historia Universal, no muy diverso del que siguió Bossuet en su inmortal discurso, salvo que en la primera seccion de su division cro-

nológica, que comprende los principales sucesos de los tiempos primitivos, plantea y trata cuestiones, que si ciertamente no son estrañas á su propósito histórico, corresponden, sin duda, mas propiamente á un tratado especial de teología; como son las que versan sobre el acto creador de la Omnipotencia Divina; sobre la institucion de la familia; sobre el pecado y el mal; la causa y la pena de la culpa cometida por nuestros primeros padres; el libre albedrio, y la gracia antes y despues del pecado. Tales son los asuntos que trata en los cinco capitulos que escribió de los ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA, á los cuales en esta edicion iran incorporados otros tres que les son análogos, si bien están escritos en fecha posterior, y por lo que aparece, con designio de que fuesen primeros de una filosofia católica, cuyo plan se halla entre sus apuntes de última fecha. Estos tres capitulos tratan de la *sociedad y del lenguaje*, del *error fundamental de la teoria sobre la perfectibilidad y el progreso del hombre*, y de la *caridad cristiana*.

Comparando todos estos escritos entre sí, y con las fechas á que corresponden, puede juiciosamente asegurarse que los trabajos preparatorios de los mismos que hizo su autor, le sugirieron acaso la idea de abarcarlos en un cuerpo de doctrina; y evidentemente, en ellos están contenidos los materiales que le sirvieron para escribir el ENSAYO SOBRE EL CATALICISMO, LIBERALISMO Y SOCIALISMO. Con esta fundadísima conjetura, se explica porque no continuó sus comenzados ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA, si por otra parte se tiene en cuenta el cúmulo de sus ocupaciones, que no le dejaban la necesaria holgura para el exámen y coordinacion de datos; es decir, para el prolijo trabajo material que requerian la indole y el inmediato objeto de aquellos ESTUDIOS.

Mientras que estos trabajos y proyectos le ocupaban, ibase cada vez con mayor furia desatando por Europa el huracan revolucionario de febrero. Con su instinto funestamente perspicaz para conocer á sus mas terribles adversarios, el genio de la destruccion habia tendido sus negras alas sobre la ciudad eterna, haciendo allí alarde mas espantoso de sus fuerzas, y dando muestra mas cumplida de su designio; como si quisiera, en la patria inmortal de los Césares y de los Pontífices, extinguir de un solo golpe el supremo asiento, en la tierra, de la autoridad divina, y el alcázar sagrado en que reposan, como en su eterno asilo, todos los principios tutelares de la autoridad humana. En nombre de la libertad, se habia salpicado la silla de san Pedro con sangre derramada por brutales asesinos. Donoso juzgó entonces llegado el momento de desplegar su bandera, de entrar en la gran liza, armado de todas armas, y de escoger un palenque donde le oyerá el mundo.

Rara vez es concedido al hombre medir la grandeza de su triunfo por la grandeza de su propósito; pero Donoso, en aquella ocasion, no iba á combatir en nombre de ningun interés humano: él pudo con en-

tera confianza esclamar «*Exurge domine et judica causam tuam*» — y cuando su recta intencion le hubo asegurado del auxilio divino, levantó aquel acento inspirado, que el Congreso oyó con aquel entusiasmo indecible en la memorable sesion del 4 de enero de 1849. La asamblea pudo aquel dia reconocer en el orador perfecta ya la última fase de las que naturalmente debia recorrer el que, dirigiéndola por primera vez la palabra en marzo de 1838, osó ya hablarla de la intervencion de Dios en los acontecimientos humanos; el que hablándola otras veces en los cinco años anteriores, la habia pedido respeto á las instituciones tradicionales de nuestros mayores, y proteccion para la ultrajada religion de nuestros padres. Era el mismo, que ya venia á decirlo: es preciso que escojais, y que escojais pronto, entre la voluntad de Dios, ó la voluntad del hombre; entre el derecho divino, y el derecho humano; entre la doctrina de la Iglesia, y las proclamas de la lógia; entre la libertad que nos dá Jesucristo á precio de su sangre, y el bárbaro desenfreno de los demagogos impios: entre mi Catolicismo, que lleva en su seno inmortal la verdad y el bien; y vuestro eclecticismo religioso, filosófico y politico, que creyendo, por medio de arbitrarias combinaciones, defender lo que se debe á la libertad de los pueblos, á la razon del hombre y á la magestad de Dios, va dejando á los pueblos sin libertad, al hombre sin razon, y á Dios sin altares.

No hay para qué analizar aquel discurso: cuantos pueden entenderlo, de seguro lo recuerdan: la Europa lo sabe: el mundo católico lo ha visto traducido en todos los idiomas cultos, y ha oido las alabanzas que en todas partes se le han tributado, y el clamoreo que han levantado contra estas alabanzas los necios y los malvados de todas las latitudes, acunde y allende del Pirineo. Todo el mundo recordará la correspondencia pública que, con motivo de aquel discurso, medió entre su autor y el ilustre filósofo y publicista, á quien la Francia católica debe tan gloriosas tareas, el señor conde de Montalembert: y públicas tambien haremos en esta edicion las muestras particulares de alto aprecio y de admiracion sincera, que prodigaron entonces, y no han dejado de tributar despues á Doxoso los hombres mas ilustres de la Europa. «Un discurso y algunas cartas (decia con razon un periódico francés de antiguo y muy justo crédito) han bastado para colocar al marqués de Valdegamas al frente de los primeros publicistas europeos.» Numerosos testimonios posee el autor de estas líneas de la exactitud de aquel fallo tan lisonjero para el orador y escritor católico, como honroso para España.

Nuestro gobierno de entonces hizo la mas oportuna eleccion que pudiera ofrecérsele, al nombrar á Doxoso enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. en Prusia, núcleo, centro y escuela matriz de la moderna filosofia germánica, al mismo tiempo que puesto avanzado para nuestra Diplomacia, desde el cual podia ya con menos dificultades reanu-

dar las interrumpidas relaciones de España con la Rusia, y ensanchar la limitada esfera de nuestra politica internacional con las potencias septentrionales. Por lo que tiene Berlin de centro filosófico, halló Doxoso en él ocasion favorable para estudiar de cerca los estragos del desenfreno intelectual de las modernas escuelas germánicas; tanto mas, cuanto que habiendo llegado á aquella corte en la primavera de 1849, alcanzó á presenciar las atrevidas evoluciones en que por entonces se agitaba la democracia de allende el Rhin, como respondiendo al grito revolucionario del año anterior en Francia: por lo que tiene de puesto avanzado respecto á la Rusia, pudo entablar con el embajador de esta potencia en Prusia, el baron de Meyendorff, una interesantísima correspondencia, á un mismo tiempo amistosa y política, que es una ampliacion y un comentario bastante curioso de la que en 1839 habia seguido con la *Gaceta de Ausburgo*, relativa al pendiente reconocimiento de nuestra Reina por las córtes septentrionales.

Pero ni aquel clima helado, ni aquellas costumbres ceremoniosas de la corte prúsiana eran simpáticas á la naturaleza meridional y al caracter expansivo de nuestro embajador: ahogábase en aquella atmósfera de racionalismo nebuloso, donde apenas hallaba un templo en que adorar al Dios de su patria. Así es que en noviembre de aquel mismo año dió la vuelta á Madrid, habiendo remitido, durante su encargo, á nuestro gobierno una serie de despachos acerca de los personajes, de los sucesos y del estado general de Alemania, que por muchos conceptos merecen ver y verán la luz pública, si á ello no se oponen obstáculos insuperables; y que, caso de haberlos, se adivinan fácilmente, tratándose de la correspondencia de un embajador con su gobierno.

Restituido á su patria con el aumento de experiencias y de relaciones que ganó en su excursion diplomática, hallóse en posesion de todos los datos necesarios para pronunciar su discurso parlamentario de 31 de enero de 1850 sobre la situacion general de la Europa desde enero de 1848: discurso que, siendo quizás menos importante bajo sus principales respectos que el pronunciado el año anterior, alcanzó una voga no menos lisonjera para su autor y mucho mas lisonjera para la España; publicado íntegro por varios periódicos extrangeros, comentado largamente por muchos, y especialmente mencionado por todos, mereció que persona tan competente, entre otros muchos personajes políticos, como el príncipe de Metternich, dijera de él en una carta que vió la luz pública por entonces — «aunque no estoy de acuerdo en algunos puntos relativos al estado de las relaciones diplomáticas de Europa, me parece el discurso del marqués de Valdegamas una de las mas elocuentes y filosóficas harengas que se han pununciado en la tribuna moderna, y no vacilo en compararle como trozo de filosofia y de elocuencia á las de Demóstenes y de Ciceron: no tiene rivales mas que en los oradores de la antigüedad.» — Afortunada-